

LA IGLESIA PARROQUIAL DE CAMPILLO DE ALTOBUEY (CUENCA): UN EJEMPLO DE HALLENKIRCHE

SANTIAGO MONTOYA BELEÑA

Museo de Bellas Artes de Valencia

1. Introducción

EN ocasiones, la atención que se haya podido prestar a una obra de arte por algún conocido historiador ha sido determinante para la valoración de la misma y su puesta en consideración entre los profesionales especializados, lo que no ha ocurrido en el caso que nos ocupa. Si a ello unimos la ubicación a desmano y el hecho de ser abundantes los edificios similares repartidos por buena parte de la geografía nacional, nos explicaremos que hayan sido escasísimos los historiadores de la arquitectura y del arte en general que han hecho alguna referencia o dirigido su atención hacia este templo columnario de la Mancha conquense y que apenas se le conozca en los ámbitos docentes universitarios. Aunque lo cierto es que estamos ante un magnífico ejemplo de iglesia-salón (o de iglesia columnaria, planta basilical o hallenkirche, que son los diversos términos con los que se conoce esta tipología arquitectónica), templo de gran empaque y prestancia, sólido, robusto, pétreo, poderoso tanto en su faceta terrenal como en la espiritual, de digna belleza, que se puede citar sin rubor entre la arquitectura quinientista española del último cuarto del siglo XVI y periodos siguientes salida de las manos de canteros vascos y montañeses.

Esta tipología arquitectónica no tiene realizado todavía un estudio general; ningún historiador se ha atrevido a llevar a cabo un trabajo de síntesis por dificultades obvias: su dispersión geográfica por todo el país, su dilatada cronología, sus artífices desconocidos o reducidos a un nombre y a unas fechas, la abundancia de templos y el desconocimiento de muchos de ellos y de su proceso constructivo, entre otras.

Hace ya una década que Fernando Marías señaló la carencia de "un estudio de conjunto de la difusión de esta tipología; a lo sumo, estudios parciales, regiona-

les, provinciales o individuales, que plantean multitud de problemas de orden estilístico, cronológico y de autoría",¹ y antes que él García-Sauco Beléndez² indicó lo mismo pero referido al núcleo vasco como el más importante. A mí me parece que la situación no ha debido variar demasiado en este tiempo transcurrido; pero, claro está, es preciso conocer todas y cada una de estas construcciones, respaldarlas con una labor de búsqueda en archivos diocesanos y/o parroquiales, elaborar pequeñas monografías de los templos para permitir dar el salto a un trabajo de mayor amplitud y envergadura referido a todo el grupo tipológico. La mayoría de los especialistas parecen coincidentes al atribuir un origen alemán a estas construcciones, sobre todo de Westfalia y Renania, de donde llegarían a nuestro país e irían transformando y mejorando en cierta medida el lenguaje arquitectónico del gótico y haciendo suya una impronta renaciente en determinados elementos procedentes de la tradición clásica, como por ejemplo las columnas de estilo jónico que pueden verse en Campillo de Altobuey, así como las tres naves a la misma altura o la planta basilical. Sin embargo, otros apuntan unos principios más domésticos, señalando Toledo o Sevilla como puntos de partida en su andadura. Gutiérrez-Cortines, por su parte,³ recoge la opinión de Bonnet Correa, quien señala como antecedente la iglesia de Santa María de Antequera (1514-1555), con planta de salón y columnas jónicas, aunque también recuerda aquella historiadora que "... aún no ha sido estudiado en profundidad y con la debida extensión el origen de este tipo en su versión clásica dentro de la arquitectura española ...". En nuestro país fue Elías Tormo⁴ el primero que se refirió a este tipo de iglesias columnarias, y treinta años después Georg Weise⁵ las relacionó y señaló su origen en construcciones alemanas anteriores, según quedó dicho. Mi intención respecto a la iglesia parroquial de Campillo de Altobuey no es otra

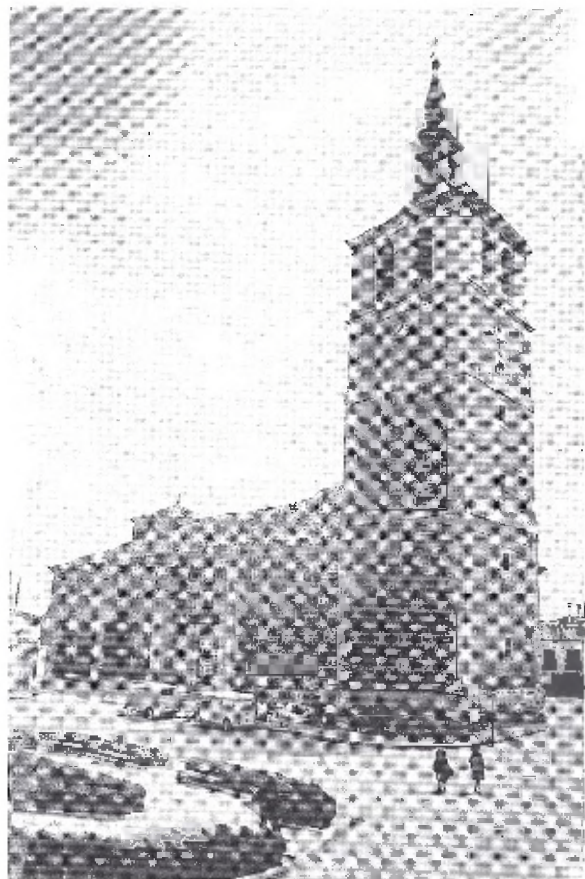
¹ Marías, F., *El largo siglo XVI. Los usos artísticos del Renacimiento español*. Ed. Taurus, Madrid, 1989, pág. 111.

² García-Sauco Beléndez, L. G., *La catedral de San Juan Bautista de Albacete*. Instituto de Estudios Albacetenses, Albacete, 1979, pág. 14.

³ Gutiérrez-Cortines Corral, C., *Renacimiento y arquitectura religiosa en la antigua diócesis de Cartagena (Reyno de Murcia, Gobernación de Orihuela y Sierra del Segura)*. Ed. Colegio de Aparejadores y Arquitectos Técnicos, Murcia, 1987, pág. 282.

⁴ Tormo, E., *Levante (Provincias valencianas y murcianas)*. Ed. Calpe, Madrid, 1923, pág. CCCCVIII.

⁵ Weise, G., *Die Spanischen Hallenkirchen. Der Spätgotik und der Renaissance Alt- und Neu Kastilien*. Kunsthistorisches Institut der Universität, Tübingen, 1953, pág. 3 y ss.



1. Campillo de Altobuey. Iglesia parroquial de San Andrés. Siglos XV-XVII. Fotografía de los años 60.

que ordenar las referencias que sobre ella se han hecho y aportar las noticias que proporcionan los fundamentalísimos Libros de Fábrica, desconocidas hasta ahora, conservados en el Archivo Parroquial de Campillo de Altobuey. Creo que esto contribuirá a un mejor conocimiento de esta tipología constructiva en el medio conense, ayudará a buscar y establecer relaciones entre los distintos ejemplares provinciales y, a la vez, con otras zonas geográficas del país cuando las hubiere.

2. Descripción del templo

En aras de un mayor didactismo, del todo innecesario para historiadores y especialistas, podemos decir que esta iglesia se enmarca en ese grupo tipológico conocido como "*Hallenkirche*" o iglesias de salón columnario levantadas fundamentalmente en el siglo XVI por maestros de obras y canteros del País Vasco y Cantabria. Su planta es rectangular, con tres naves de igual altura separadas por pétreos arcos de medio punto que apean en columnas de capitel jónico decorado con ovas, perlas, etc., con balteos transversales a la nave y fuste liso apoyado en una basa, con dos toros y una escocia, descansando en plinto cuadrado; cabecera poco profunda, plana y rectangular, considerada como una

respuesta arquitectónica más moderna que si se hubiera hecho poligonal, con crucero que no sobresale en planta y va remarcado por una mayor amplitud del tramo, coro a los pies (hoy desaparecido) y torre de notable altura y esbeltez; presenta seis tramos en la actualidad, aunque hasta la intervención llevada a cabo en los años setenta del presente siglo y a la que me referiré con frecuencia, sólo presentaba cinco tramos. Se cubre a dos aguas con un tejado muy pronunciado, contrafuertes exteriores y apilastrados interiores poco señalados, sin capillas entre ellos, mientras que al interior se cubrió mediante artonados de par y nudillo con tirantes sobre zapatas, ahora ocultos por unas bóvedas de yeso construidas durante el siglo XVIII, de arista las laterales y con lunetos la central; asimismo, en este siglo se levantó sobre el crucero una cúpula con tambor y cubierta octogonal al exterior. Presenta sendas entradas laterales, sencillas, en arco de medio punto enmarcado por pilastras con remate de hornacina, y vestigios de una tercera puerta cegada a los pies del templo, junto a la torre. La iglesia no está orientada en la dirección tradicional de los templos cristianos, sino en el eje Norte-Sur (como la Asunción de Hellín, por ejemplo); las que sí están orientadas son las puertas de acceso, la del Bautismo al Este y la de la Confirmación al Oeste. En la actualidad presenta también una capilla dedicada a San Antonio de Padua (hoy sacramental y ubicación de la Patrona) y una sacristía que se abre en el crucero derecho, ampliada esta y construida aquella durante el siglo XVIII, hacia 1738, por el párroco D. Antonio Sevilla López, quien la sufragó con las rentas del beneficio curado que poseía y la dedicó a su santo patrón, de la cual nada dicen los Libros de Fábrica, pero sí la inscripción exterior en su ventana. Los muros de la iglesia, lisos y carentes de decoración, están realizados en opus incertum, con zonas de grandes mampuestos y zonas de elementos más menudos, reservando el sillar bien cuadrado para cornisas, líneas bajo el tejado, recercados de vanos y cadenas esquineras; al interior están revocados y pintados, recorridos por una línea de imposta en todo el perímetro mural y con altos apilastrados de escasa proyección que sirven para recoger los empujes y marcar los tramos.

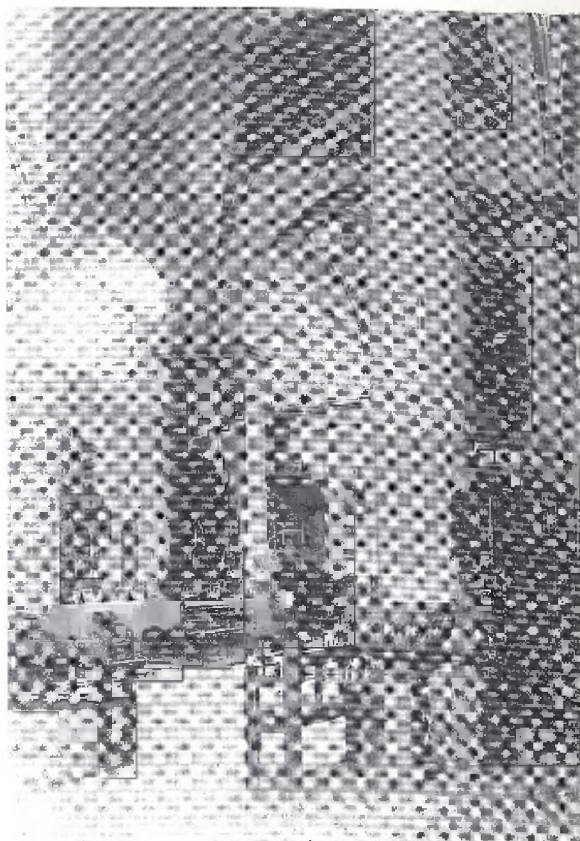
La hallenkirche de Campillo ocupa un lugar destacado en el urbanismo de la villa, asentándose en un leve y casi imperceptible altozano de cara a la solana en cuyo cálido regazo está afinado el caserío dispuesto en torno a una vieja plaza, la Placeta, que se vio superada por otra gran plaza mayor o Plaza Nueva abierta al lado oeste de la iglesia, zona que fue preciso aterrizar y construirle una suave escalinata de acceso, donde constituye un hito de referencia para la comunidad y lucen su poderío tanto el templo como la hermosa torre convertida en atalaya vigilante del vecindario; son las "*bellas y onradas plazas*" sobre las que, según el tratado recopilador de Simón García, debían estar construidas las iglesias; en la actualidad unas casas (del XVIII alguna) han separado la iglesia de la plaza más antigua alterando un poco el urbanismo inicial. Su planta es de proporción dupla, ateniéndose igualmente a las propuestas de Rodrigo Gil de Hontañón recopiladas por el ya referido Simón García en su famoso *Compendio* ...⁶

⁶ García, S., *Compendio y simetría de los templos conforme a la medida del cuerpo humano, con algunas demostraciones de Geometría*, ed. por Camón Aznar, Salamanca, 1941, págs. 47 y 111.

cuando dice que *"A las plantas precedentes las he querido dar de largo doblado que el ancho por parezcerme que es bueno y conbeniente"*; los tramos de las naves laterales son cuadrados y los de la nave central rectangulares; el tramo de crucero va remarcado por una mayor amplitud, equivalente a la que presenta el tramo final donde se ubicaba el coro, a los pies del edificio. La proporción entre la nave central y las laterales es sesquitercia, no sesquialtera, y es difícil establecer la relación entre la altura de las naves y su anchura porque se interponen las bóvedas del siglo XVIII, aunque parece que sí se tuvo en cuenta esta norma de Gil de Hontañón recopilada en la obra de Simón García, por la sensación de equilibrio que se experimenta al considerar las relaciones entre planta y alzado. La cabecera centra la visual del espectador y atrae, o mejor, atraía su atención sobre un enorme retablo, destruido en 1936, que cubría el testero y, más en concreto, sobre la hornacina de la Patrona recortada en la distancia por el efecto transparente que le produce una ventana situada justo detrás y que proyectaba su luz a la imagen.

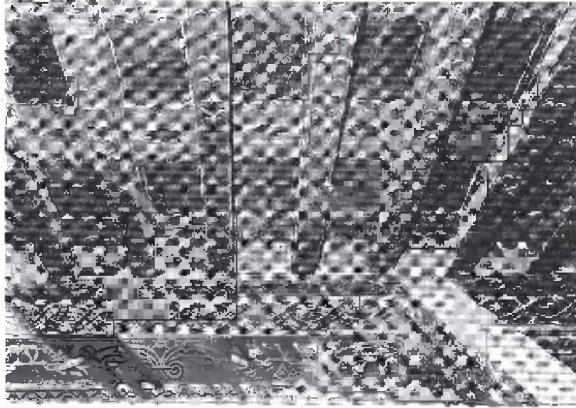
Se suele comentar que estos edificios son muy funcionales y mejoran la visibilidad, pero, personalmente, dudo de esta interpretación, ya que, salvo desde el espacio de la nave central, son escasos los puntos de las naves laterales desde donde se pueden seguir las ceremonias con perfecta visibilidad, porque hay numerosos puntos muertos; el enlace visual de unas columnas con otras provoca un efecto de opacidad en las naves laterales respecto del presbiterio; además, la función de las naves laterales no es esa exclusivamente; por un momento hay que olvidarse de la concepción de templo actual y el funcionamiento de la liturgia a que estamos acostumbrados. Este —y muchos como él— es un templo que no tiene capillas, las naves laterales son zonas deanbulatorias, de paso hacia el presbiterio en donde se ubican el santo patrón San Andrés, la patrona, aquí con la advocación de Nuestra Señora de la Loma, las reliquias, importantes (cuatro cuerpos de mártires procedentes de las catacumbas romanas de San Calixto) y otras imágenes del santoral cristiano, a los que se llega por el crucero, que actúa, si se me permite la similitud, a modo de girola delantera, para terminar el recorrido por la nave lateral opuesta. Y es en estas naves donde se colocaban los numerosos altares correspondientes a santos o advocaciones marianas de especial devoción, puestos al cuidado de cofradías y hermandades, como las documentadas de las Ánimas, San Bartolomé, Santísimo Sacramento, La Concepción, Sangre de Cristo, Santos Mártires, etc., que celebraban en ellos sus particulares cultos y abundantes encargos de misas oficiadas por el clero parroquial (más de veinte sacerdotes) de lo que obtenía jugosos estipendios. Es decir, que no hay capillas, pero como si las hubiese, gracias a esta acotación del espacio interior; cualquier parte era buena para instalar un retablo y altar, un tramo, una columna, un rincón, una zona "propia" esterada o alfombrada donde se disponían los fieles, sentados o arrodillados en el suelo o haciendo uso de catres portátiles o reclinatorios en propiedad, porque los bancos eran inexistentes o como mucho existía alguno de jerarquía o cargo reservado a los cofrades que los detentaban en ese momento o para autoridades.

La disposición de los vanos, así como su forma, es irregular en la iglesia de Campillo, donde las entradas,



2. Campillo de Altobuey. Iglesia de San Andrés. Parroquia de los siglos XVI-XVII. Interior. Hacia 1925.

que no están confrontadas exactamente, se abrían en el penúltimo tramo del espacio eclesial la puerta del Este y entre último y penúltimo la del Oeste, según puede verse en la planta antes de las obras llevadas a cabo en los años setenta del presente siglo, aunque, si consideramos la planta según la dejaron las modificaciones de los años 70, casi se entra por el centro de la iglesia. Se notan similitudes con las iglesias de La Roda y Tarazona de la Mancha (Albacete), en la torre, sillares, arcos, columnas, etc., debido, sobre todo, a la intervención en ellas de los mismos maestros canteros en algunas etapas de la construcción. La torre, de planta cuadrada, se levantó en el ángulo suroeste en el siglo XVII, asentada sobre una fuerte base de cimentación; presenta cuatro tramos separados por línea doble de imposta, que van disminuyendo la altura en su ascensión así como su perímetro; el último es el cuerpo de campanas, construido todo él con sillares bien escuadrados, a diferencia del resto de la torre, que se levanta con grandes mampuestos de sillares no tan refinados, reservando el sillar bien labrado para aristas, líneas de impostas y recercado de vanos. En el campanario se abren dos ventanales de medio punto en cada cara de la torre, alargados y protegidos con un antepecho macizo y con decoración geométrica. Estos vanos están separados por altos apilastros que llegan hasta la cornisa volada del tejado después de atravesar una imposta que le proporciona cierta plasticidad. La torre se remataba con un chapitel afilado, de pizarra en su última existencia, y forrado de latón dorado y plateado en su origen; al ser derribado, a



3. Campillo de Altobuey. Iglesia de San Andrés. Artesonado oculto por las bóvedas del siglo XVIII.

la torre se le ha dotado de una cubierta a cuatro aguas poco acertada. Sólo el lado sur presenta cinco ventanas rectangulares y un óculo, repetido este último en las cuatro caras bajo el campanario; el lado Este presenta una ventana bajo el óculo y el resto de las caras son muros ciegos de piedra pudinga rojiza de origen local.

3. Crecimiento demográfico. Los inicios de la construcción y sus artifices

Campillo de Altobuey fue una villa de realengo que figura a principios del siglo XV (1417, 1419 y 1420) como aldea de la ciudad de Cuenca y englobada en el sexmo de Altarejos;⁷ esa circunstancia la libró de pertenecer al Marquesado de Villena, según ocurría con poblaciones muy cercanas como Alarcón, por ejemplo. Así, el año 1537 pudo comprar al emperador Carlos V el privilegio de villazgo pagándole 4.500 ducados,⁸ desgajándose de esta manera de la jurisdicción de la ciudad de Cuenca, aunque el gobernador del Marquesado de Villena podía seguir usando en la villa su jurisdicción civil y criminal, que también le fue desposeída por compra y concesión de Felipe II mediante firma suplente de su hermana la princesa D^a Juana en Valladolid el día 28 de noviembre de 1558.

Estas circunstancias propician que a mediados del siglo XVI se inicie un crecimiento espectacular en su población y se duplique durante la segunda mitad, llegando a alcanzar casi 750 vecinos, o sea, unos 3.500 habitantes, que están libres del pago de impuestos señoriales, que ven fácil acceso a tierras recién roturadas y a pastos en dehesas boyales y comunales, y que pueden obtener ingresos derivados del hecho de estar

la villa en el Camino Real, ser un nudo de comunicaciones, atravesar su término una cañada de la Mesta y contar con el derecho de portazgo cobrado en un puerto seco transitado por gentes de la carretería y arriería. Este aumento decisivo de la población, con el Concilio de Trento finalizado y el clero dispuesto a seguir sus directrices, determinó la ampliación de la iglesia parroquial y la construcción ex novo de varias ermitas de cierto empaque y/o la ampliación de otras existentes: Santísima Trinidad (o del Padre Eterno, construida en los arrabales del Coso y Cantarranas, barrio este último donde se asentaron numerosos alfareros); San Miguel, Santa Ana, San Cristóbal (en el cerro de la horca, donde se administraban las penas de la Justicia), San Quílez, San Sebastián, Santa Quiteria, Nuestra Señora de la Loma (antes bajo la advocación de N^a S^a de los Ángeles, patrona de las gentes de los caminos) y San Roque (iniciada en el XV y ampliada en el XVI y XVII). A todo esto hay que añadir la necesidad de mayor espacio para enterramientos dentro de la iglesia y poder atender la demanda de ser sepultados en sagrado. Por lo tanto, la iglesia de Campillo de Altobuey no es del todo de nueva factura, sino una ampliación tremenda "a la moderna", con novedosas columnas jónicas de inspiración clásica que superan los pilares góticos de baquetones (visibles aún en la antigua ermita de la Virgen de la Loma), y con una techumbre "a la morisca" que dejaba visibles en el interior tres grandes artonados de par y nudillo con limas moamares, sujetados por tirantes apoyados en zapatas, con una orla vegetal que adorna y recorre todo el perímetro del templo, cuya tablaón dibuja estrellas de ocho puntas de clara raigambre morisca, sin que quiera esto decir que fuera necesariamente obra de moriscos. Estos tres artonados se conservan en la actualidad, si bien de modo incompleto (entre un 50 y un 60 %, aproximadamente), ya que al quedar ocultados por las dieciochescas bóvedas actuales, constituyeron un filón casi inagotable de palos y terillos con los que atender otras necesidades lignarias en la propia fábrica o ermitas.⁹

3.1. Pedro de la Vaca el Viejo, dador de las trazas

En la cabecera de la iglesia quedan patentes estas obras de ampliación (aunque se haga nuevo casi todo), pudiéndose ver al exterior zonas de muros pertenecientes a la iglesia más antigua y el reaprovechamiento de algunos materiales pétreos llevado a cabo en el cierre de la misma. Esta necesidad de ampliación por la presión demográfica, originó el encargo de las trazas por parte del visitador del Obispado de Cuenca, Cabrera, al maestro cantero Pedro de la Vaca el Viejo.¹⁰ M^a Luz Rokiski recoge este encargo en su espléndido estudio

⁷ Jiménez Monteserin, M. (director), *Actas municipales del Ayuntamiento de Cuenca*. Ed. Ayuntamiento de Cuenca, 1994, págs. 20, 40, 43, 46 y 51.

⁸ Pedro de San Francisco de Asís, *Historia General de los Padres Agustinos Descalzos*. Imprenta de Francisco Moreno, Zaragoza, 1756, tomo IV, pág. 418. González García, G., *Novena a Nra. Señora de la Loma patrona en la villa de Campillo de Altobuey ...* Imprenta de la viuda de Gómez e Hijo, Cuenca, 1896, pág. 21. Huerta Soler, S., *Apuntes históricos sobre Campillo de Altobuey (Cuenca). Siglos XV al XVIII*. Apuntes mecanografiados, pág. 26.

⁹ Una de las ermitas de la población, la del Padre Eterno, dedicada en 1589 por el obispo irlandés D. Cornelio de Buil, conserva todavía su artonado de par y nudillo en la nave y mudéjar con lacería en la cabecera; asimismo, la de San Roque también disponía de un artonado renaciente con figuras mitológicas y grotescos, que se arruinó por el año 1950 y fue malbaratado entre familias avisadas de la localidad.

¹⁰ Azcárate, J. M., "Datos sobre las construcciones en el Priorato de Uclés durante la primera mitad del siglo XVI", en *Boletín del Seminario*



4. Campillo de Altabuey. Iglesia de San Andrés.

sobre arquitectura conquense del XVI,¹¹ pero nada más se sabe de su existencia o paradero de las trazas. Corría el año 1578 y Pedro de la Vaca, establecido en Cuenca desde 1561, disfrutaba de un gran prestigio como profesional de la construcción; el visitador le tenía por "... *persona principal y muy buen maeso*" y el Concejo de Campillo de Altabuey, del mismo modo, lo consideraba como "*maestro muy hábil y perito en su arte*"; estaba en su mejor momento como cantero afamado, gustaron sus trazas y le quisieron encargar también los campillanos la dirección de la obra de ampliación y construcción de la torre e incluso más, porque existe un documento del que parece deducirse que Pedro de la Vaca, junto con el entallador Miguel López, se comprometían a realizar una obra en la iglesia de Campillo, lo que igual podría referirse a la iglesia que ser la traza y construcción del retablo mayor, una obra de bastante envergadura, aunque quizá por exceso de trabajo en otros lugares de la provincia –y sigo a Rokiski, que revisó los archivos de la capital– no se hizo cargo de las obras de Campillo o tuvo que renunciar a ellas.

Se equivoca M^a Luz Rokiski¹² al dar como titular de la iglesia a San Pedro, cuando es San Andrés el apóstol al que está dedicada; es un error que se viene arrastrando desde que se incluyó así y pasó, incluso, al catálogo monumental de la diócesis de Cuenca,¹³ repitiéndolo una y otra vez cuantos historiadores toman sus páginas como fuente de información fidedigna. Y no es este el único error deslizado respecto a Campillo y su iglesia;

el mencionado catálogo monumental también señala erróneamente que las reliquias de los cuatro santos mártires romanos (Cipriano, Silverio, Antonino y María Virgen) se custodiaban en el convento agustino recoleto, cuando siempre han estado y están en esta iglesia parroquial.

3.2. Lope de Güemes y Miguel de Vieta

La negativa o imposibilidad de Pedro de la Vaca el Viejo de hacerse cargo de las obras, según sus propias trazas, hizo que se encargaran a Lope de Güemes (o Güelmes, Guemes, Guelmes o Güercemes),¹⁴ quien no tendría tiempo ni de abrir los cimientos, porque enseguida traspasó las obras (4 de abril de 1580) a Miguel de Vieta (o Abieta), si bien se encuentran noticias posteriores de archivo, que recoge Rokiski Lázaro,¹⁵ donde puede entenderse que seguía al frente de las obras o al menos ejercía sobre ellas algún tipo de dirección o tutela, quizá motivada por la pertenencia de Miguel de Vieta a su cuadrilla de oficiales y haberse formado con él (de todos modos, en 1581 está trabajando en Tarragona de la Mancha). Y así, en una de esas noticias, el visitador Ambrosio Martínez informa el 13 de agosto de 1580 de que "... *ay movida una grande obra en la iglesia que tiene Lope de Güemes cantero* ...". El 4 de abril de 1580, traspasaba las obras en Iniesta a Miguel de Abieta, alegando que "*por ocupaciones que tiene*

de *Estudios de Arte y Arqueología*, Tomo XXV, págs. 98, 108 y 155. Se hace referencia a un maestro cantero Martín de la Vaca, trabajando en 1529 en las iglesias de Colmenar de Oreja y Villarejo, relacionado por lazos familiares con este nuestro Pedro de la Vaca (era su hermano) y también se le detecta trabajando en la provincia de Cuenca.

¹¹ Rokiski Lázaro, M^a L., *Arquitectura del siglo XVI en Cuenca*. Ed. Diputación Provincial de Cuenca, Cuenca, 1985, pág. 172.

¹² *Ibidem*, pág. 248.

¹³ VV.AA., *Catálogo Monumental de la Diócesis de Cuenca*. Ed. Diputación Provincial de Cuenca, 1987, Tomo I, pág. 61.

¹⁴ Próxima a Campillo existe una aldea que siempre le perteneció llamada Huércemes, hoy despoblada. En su toponimia se recoge un paraje llamado "Hoya de los Jaraba", lo que confirma su relación tradicional con Campillo. Quizá pueda tener alguna relación este maestro cantero con la aldea.

¹⁵ Rokiski Lázaro, M^a L., *Arquitectura del siglo XVI en Cuenca. Arquitectos, canteros y carpinteros*. Ed. Diputación Provincial, Cuenca, 1989, págs. 100-101.

otras obras no puede entender y asentur en dicha obra".¹⁶

En 1588 está en Campillo de Altobuey y da un poder a Miguel de Vieta para que cobre el dinero que le debe el mayordomo de la iglesia, lo que indica, efectivamente, su participación en las obras de la misma y sus buenas relaciones con aquel. Se documenta la presencia de Miguel de Vieta como vecino en Campillo de Altobuey desde 1579 y se relaciona también con el maestro cantero Pedro de la Vaca y con el entallador Miguel López. Vieta tuvo problemas serios a causa de las obras de la iglesia; el 4 de agosto de 1585 eleva una queja porque no se le habían llevado los materiales a pic de obra ni por el mayordomo de la iglesia ni por el Concejo de Campillo de Altobuey; este problema de los materiales no se hubiera producido si se hubiesen encargado las obras al maestro Pedro de la Vaca ya que los vecinos decían que *"le traerían los materiales de muy buena gana pues le tienen afición y confianza"*, extremo que no ocurría con Miguel de Vieta. A su vez, el mayordomo se queja de que el cantero no ha cumplido lo pactado y la iglesia no se había acabado en el plazo previsto, es decir, tres años antes, en 1583, y lo que es peor, el Concejo de Campillo, mediante su representante Miguel García, pone en duda su valía y profesionalidad al afirmar en el pleito que *"... no es tan perito como es necesario para semejante obra (...) yendo errada y mala como va y fundada sobre falso ..."*.

Nuestro cantero remite un suplicatorio al Provisor del obispado para que obligue al mayordomo de la iglesia y al Concejo de Campillo a que le entreguen los materiales necesarios a pic de obra, a lo que accede el provisor y parece con su decisión darle la razón a Miguel de Vieta en el desagradable asunto.

Es muy numeroso el grupo de poblaciones cercanas a Campillo, o de la provincia de Cuenca, que disponen de una iglesia parroquial de características similares: Motilla del Palancar, Alarcón, San Clemente, El Provencio, Ledaña, Cañaveras, Villamayor de Santiago, etc., o las de La Roda y Tarazona de la Mancha, ahora pertenecientes a la provincia de Albacete, aunque anteriormente, hasta 1853, fueron de Cuenca, y es curioso señalar que precisamente con estas dos últimas, La Roda y Tarazona, es con las que más relación y paralelismo tiene la de Campillo de Altobuey, por los maestros de obras comunes que participaron en ellas, por la torre y su cubrimiento con un agudo y elevado chapitel, etc. Fernando Marías señala la existencia de varios núcleos geográficos¹⁷ para ordenar tanta iglesia-salón e incluye en el toledano-mancheño la iglesia de San Clemente, población esta conquesa. Y sin otro ánimo ni necesidad que la puramente organizativa, me parece que sería conveniente hablar de un núcleo conquesa de hallenkirche en el que tendrían cabida todos estos templos de la provincia, cuyo conocimiento individualizado permitiría algún estudio o publicación de ámbito provincial necesario y conveniente.

Luján López¹⁸ señala en un artículo anterior a su monografía sobre la iglesia de Tarazona la participa-

ción en las obras de la iglesia de Campillo de los canteros Pedro Gil de la Sierra y Francisco de la Portilla, del entorno de Lope de Güemes. La cercanía de los pueblos en que trabajaron junto con la propia itinerancia de estas cuadrillas de picapedreros, explica estas relaciones personales y la similitud en formas y soluciones por proceder de un mismo repertorio práctico.

4. El proceso constructivo a través de los libros de fábrica

Hasta la segunda década del siglo XVII, en 1614, no existen Libros de Fábrica ni noticias aclaratorias sobre el proceso constructivo de esta iglesia en el archivo parroquial de Campillo de Altobuey, pero queda cubierta esta carencia con las aportadas por el Archivo Diocesano y de la Curia cuyas noticias han sido dadas a conocer por historiadores como Rokiski y Luján, según se indicó anteriormente. Pero las obras siguieron adelante durante todo el siglo XVII y buena parte del XVIII, cuyo pomenor quedó recogido en los sucesivos Libros de Fábrica, el Primero, que comprende desde 1614 hasta 1714; el Segundo, que da comienzo con la visita de 1718 y cuya última noticia pertenece al año 1817; y el Tercero, desaparecido durante muchísimos años, cuya existencia se desconocía, hallado entre los fondos del Ayuntamiento, quien con buen criterio lo devolvió a la parroquia, que principia en el año 1815 y cuyas últimas noticias corresponden a la visita del obispo de Cuenca D. Fermín Sánchez Artesero del año 1852. Después de estas fechas no se confeccionaron otros libros de Fábrica; las intervenciones siguientes en el edificio se considerarían de carácter menor y poco dignas de reseñarse en lugar especial; aparece alguna noticia desperdigada en otros libros parroquiales, sacramentales, etc., pero la cercanía en el tiempo hizo que no se consideraran valiosas o de interés para historiadores futuros, aunque ha soportado el templo dos intervenciones muy importantes en lo que va de siglo: la primera fue la construcción de un alto y afilado chapitel de eco escurialense o herreriano, forrado de pizarra, en mi opinión para reparar o reconstruir el que tuviera originalmente de forma piramidal y que sería muy semejante al que presentan las iglesias de La Roda y Tarazona, en Albacete, sin que sepamos exactamente cuándo se hizo, quizá antes de guerra, hacia 1925-30. La siguiente intervención, a la que aludí al principio de estas líneas, llevada a cabo por los años setenta del presente siglo, fue el derribo del coro baptisterio y otras dependencias laterales, así como el derribo de ese chapitel de pizarra rematado por una enorme bola que soportaba la cruz y veleta pertinentes en la torre. Se sustituyó por una cubierta de teja árabe a cuatro aguas, excesivamente rebajada y desprovista de cualquier elemento ornamental que en nada favorece su empaque y prestancia y que pasa desapercibida por ello. Fue esta una intervención desafortunada y falta de criterio en una torre y en un templo digno de mayor éxito; la solución, en mi opinión, no hubiera estado en reconstruir este remate que

¹⁶ Luján López, F. B., *La iglesia parroquial de San Bartolomé. Tarazona de la Mancha. (Estudio Histórico-artístico)*. Instituto de Estudios Albacetenses, Albacete, 1987, pág. 186.

¹⁷ Marías, F., op. cit., pág. 118.

¹⁸ Luján López, F. B., "La iglesia parroquial de Tarazona de la Mancha. Relaciones tipológicas con otras iglesias de la Mancha conquesa", en *Actas del Congreso de Historia de Albacete* (8-11 diciembre de 1983), Vol. III. Instituto de Estudios Albacetenses, Albacete, 1984, pág. 397.

vengo llamando "escurialense", en el que se abrían buhardas, que no se reconstruyó; pero tampoco cubrirla con tan pobre y ridícula cubierta. Lo que debiera haberse hecho es recurrir a las terminaciones que presentan La Roda y Tarazona para así recuperar su antigua imagen y personalidad original. No se dispone de ninguna imagen gráfica, foto, dibujo, grabado o pintura que nos informe de cómo era su primitivo remate; tengo noticias no comprobadas de la existencia de una pequeña foto de principio de siglo que permite ver en parte su terminación, y sí que aparecen en los Libros de Fábrica referencias al chapitel de la torre, que estaba recubierto no de planchas de pizarra, sino de planchas de latón dorado y plateado que con el paso del tiempo viraría al tono verdoso del cardenillo que formaría la intemperie, pero eso es todo hasta la fecha. Por eso, pasemos a recorrer su proceso constructivo viendo las noticias que nos aportan los Libros de Fábrica referidos.

4.1. Siglo XVII. Libro primero de fábrica (1614-1714)

La visita del obispo de Cuenca don Andrés Pacheco el 20 de octubre de 1614 coge a la iglesia sin solado, indecente, y por eso encarga que se pongan cédulas en las iglesias de Iniesta y Villanueva de la Jara por si algún oficial quisiera hacerse cargo de solarla con losas cuadradas de piedra de un codo de lado en el plazo de seis meses, pagándose por esta faena 3.824 maravedís. Se debía empezar por la cabecera, en la capilla mayor del patrón San Andrés en la nave central y en el inicio de las naves laterales, una dedicada al Sr. Santiago y otra dedicada a Nuestra Señora; el asunto no dejaba de tener su interés, económico sobre todo, porque la finalización del piso permitiría venderlo para sepulturas y así atender la demanda de la feligresía de ser enterrada en la iglesia; a 500 maravedís se vendían las sepulturas en el primer tercio del siglo XVII, lo que suponían buenos ingresos.¹⁹ Las obras no debían estar acabadas todavía y así²⁰ se anota que "*la mayor necesidad que la iglesia tiene es que se suba y levante en conformidad del edificio del coro*". En mi opinión sería este un coro alto con tribuna para órgano, lo que explicaría la mayor robustez del último par de columnas de la nave; sólo en ese momento pudo estar abierta la portada renaciente de los pies, hoy cegada, pero cuyos restos aún pueden contemplarse al exterior. En el XVIII este coro se hundiría y sería sustituido por un coro bajo barroco, con banco corrido, tribunas para órgano y capilla de ministriales, cerrado mediante poderosa verja de madera con barrotes torcidos al que se accedía tras subir tres o cuatro escalones con una anchura igual a la de la nave central y una cripta en la entrada de utilidad desconocida (funeraria, espacio auxiliar, reconditorio...).

La intervención de los años setenta destruyó este espacio litúrgico y trastocó todo el interior del templo haciéndolo irreconocible; de tener cinco tramos en origen, pasó a tener seis, uno más, al incorporar a las naves el coro, la capilla bautismal y dependencias anejas, y las cámaras de acceso a la torre-campanario.



5. Campillo de Altopuefy. Iglesia de San Andrés. Restos de portada a los pies del templo.

El 17 de noviembre de 1615, don Andrés Pacheco, obispo de Cuenca, ordena al mayordomo de la iglesia que continúe con las obras de cantería iniciadas "*levantando los arcos al piso y altura que tienen los que estan fechos junto al coro*", autorizando los trabajos en fiestas de guardar, aunque cumpliendo el precepto dominical. Existen anotaciones contables de pagos, 1.600 maravedís por empedrar la puerta grande y pequeña de la iglesia; como las dos existentes son bastante similares en sus proporciones, entiendo que esta referencia a la "*puerta pequeña de la iglesia*" tiene que ver con la de los pies del templo, que se abrió bajo el coro, de la que, como quedó dicho, existen restos, pero que se cegaría en el XVIII para hacer el coro bajo y cuya importancia quedaría minusvalorada y reducida por no dar a la nueva plaza mayor y estar ubicada en un tramo de calle menos importante y vistoso. El mayordomo gastó 3.985 maravedís por traer madera para la obra desde Alcolea; 4.429 por cortarla y labrarla y 4.658 maravedís en abrir la calle alrededor de la iglesia, expropiando algunas casas a ella adosadas y convirtiéndola en un gran edificio totalmente exento.

Las obras había que finalizarlas a la mayor brevedad posible y de nuevo se insiste en la licencia para

¹⁹ En unas obras de los años 60 se sacaron todos los cadáveres sin ningún orden ni concierto y sin llevar a cabo algún estudio arqueológico, etnológico o antropológico, perdiéndose, una vez más, otra oportunidad de profundizar en el conocimiento histórico de esta comunidad.

²⁰ Libro Primero de Fábrica (en adelante L1ºF), f. 24, v. Archivo Parroquial de Campillo de Altopuefy.

trabajar los días de fiesta: *“Dio licencia y facultad a todos los vecinos y vecinas de la villa para que en todos los días de fiesta de guardar como no sean de Primera ni de Segunda clase puedan traer y traigan cal, arena, piedra, madera y todos los demás materiales y cosas necesarias para la dicha obra para que con mayor comodidad y menos gasto se pueda hacer por ser la yglesia pobre y la obra de tanta costa, la qual dicha licencia les dio para hasta que se aya acabado la dicha obra, ansi lo probeyó, mandó y firmó”* (L1°F, f 51, v.).

Como era habitual en la época y de gran tradición en la zona hasta bien reciente, la iglesia mandaba componer y armar la calera para disponer de cal a usar en argamasa y morteros, pagando por ello 1.122 maravedís; asimismo, abría arenales en el término para idéntica finalidad. Una anotación económica curiosa se refiere a un pago de 1.020 maravedís por el “perpalo” que se hizo para sacar la piedra.

El año 1620, continuando don Andrés Pacheco al frente de la mitra conquense, se registra un pago importante, de 45.680 maravedís en concepto de *“jornales al maestro de cantería y oficiales que hacen la obra de la yglesia y sacar piedra”* (L1°F, f 58, r) pero no se indica el nombre del maestro de obras que dirigía la intervención. ¿Era Miguel de Vieta? No lo sabemos, pero por la cronología, bien podría ser; tengamos en cuenta aquel fallo del provisor del obispado a su favor para que los vecinos le aportaran los materiales a pie de obra y la insistencia y licencias del obispo para que hombres y mujeres se afanaran en ello. Este año se derribó una casa junto a la iglesia porque su solar se precisaba para la obra de la torre y los pagos a los canteros nos siguen informando del buen ritmo que seguían las obras. Se pagan 62.478 maravedís a los maestros y oficiales que hicieron los estribos de la iglesia y sacaron la piedra para el coro; 54.067 maravedís por enladrillar la iglesia con más de seis mil ladrillos. Ya a finales del año 1622 se pagan 50.054 maravedís por hacer el retablo de Santiago, que tenía dedicada la nave de la epístola, *“de las manos y de los demás materiales”*, sin que sepamos quién fue el autor o autores, pero sabemos que en poblaciones cercanas, Iniesta, Enguñados, Quintanar del Rey, etc. y en el propio Campillo, trabajaban entalladores que hicieron retablos, algunos de cierta importancia, para las ermitas de Campillo, como la de Santa Ana, San Miguel o el Padre Eterno. Quílez Salvador, un herrero de la villa, recibe la cantidad de 6.800 maravedís por la reja de la capilla de la pila del bautismo, extremo que confirma la existencia de esta dependencia litúrgica (transformada a lo largo del tiempo en su tamaño y cerramiento), pero que difícilmente pudo estar bajo la torre, según afirmó Luján²¹ porque ni siquiera se había construido aún; en la visita de 1777 hay un comentario sobre las bóvedas de la capilla del Bautismo que amenazaban ruina por la servidumbre de las pesas del reloj cuya esfera se ubicaba en un óculo abierto junto a la puerta del mismo nombre, independiente en su colocación del resto de ventanas del edificio, ésta más baja. Esto es lo que se consigue con la actuación de algunos párrocos demasiado dados a cambiar y trastocar cosas, sin dejar anotado nada,

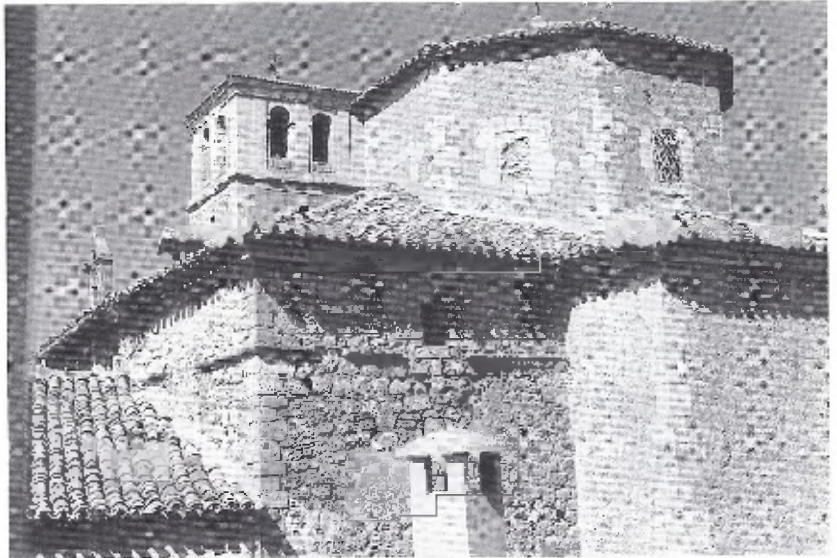
confundiendo así a los historiadores y provocando errores de información.

4.1.1. Antonio de Mazas inicia la torre. Juan de Andispe y Juan Dimas, continuadores

Por el año 1623 se mandó venir de Utiel al maestro Marcos del Corral *“a hacer baxa”* o cimientos en la obra de la torre y al poco tiempo se entregan a cuenta 294.831 maravedís al maestro Antonio de Maças (o Mazas) a quien se encargó la obra de la torre: este es el verdadero artífice de la torre de Campillo y las cantidades que se le libraron así lo confirman: 64.600 maravedís una vez, 120.130 maravedís otra vez (y ya estamos en el año 1626). Antonio de Mazas debió morir el año 1629, porque se registra un último pago en noviembre, de 1.962 reales y medio a cuenta de la obra de la torre. La mayordomía de la iglesia nombró tasador de las obras realizadas hasta el momento por Antonio de Maças y su cuadrilla de canteros, al maestro Julio Díaz de Gamboa, al que se le pagan por su cometido 4.320 maravedís; los pagos por los trabajos de la torre siguen constantes y así se entregan 5.464 maravedís a Antón Álvarez por sacar piedra para la obra, seguramente en las canteras propias del paraje conocido como El Enebrar; 8.888 maravedís en maromas para emplear en la obra; 4.320 maravedís al carpintero de la villa Antonio López *“por aderezar la puerta de la iglesia”*; diez reales a Diego de Burgos *“por un día que trajo piedra para la iglesia con su carro”*, y es en este año, 1626, cuando se construye el gran cancel de cuarterones castellanos que protege la puerta de la Confirmación en el que se gastaron 8.966 maravedís, y que todavía sigue en pie en la iglesia; debió perder su coronamiento con el tiempo, posiblemente en la guerra civil, en la que la iglesia se usó como garaje y almacén, y fue desbancado en belleza y prestancia por el que se colocó en 1731 en la puerta del Bautismo, como ya veremos. A la muerte de Antonio de Mazas en 1629, se encarga la continuación de las obras de la torre a los maestros de cantería Juan de Andispe (o Andispe) y Juan Dimas, vecinos de Motilla del Palancar, haciéndoles un primer pago de 3.491 reales y medio, *“personas a quien está de presente encargada la dicha obra”*. Y de que continuaban las obras dan fe los dispendios en preparar caleras y maderas, 14.586 maravedís, y otros 666 reales y medio en maromas y clavazón. En las naves de la iglesia, a su vez, se gastaban 8.109 maravedís en enlucir sepulturas de cuya venta se obtendrían beneficios sobrados para emplear en la continuidad de la erección de la torre. Coincidiendo con las visitas del legado episcopal, ante el cual los mayordomos habían de rendir cuentas y anotarlas para su aprobación en el correspondiente Libro de Fábrica, es cuando se produce la información de mayor interés para conocer la evolución y progreso de las obras. Después del año 1633, siguen al frente de las mismas Juan de Andispe y Juan Dimas y a ellos se les siguen haciendo periódicas entregas monetarias a cuenta de sus trabajos, 8.668 reales; 8.397 maravedís por las maromas compradas para subir la piedra, 14.429 maravedís en clavazón, pescantes, anda-

²¹ Luján López, F. B., *Iglesia Parroquial de San Bartolomé. Tarazona de la Mancha*, op. cit., pág. 111.

6. Campillo de Altobuey. Iglesia de San Andrés. Restos más antiguos y vista de la cabecera. Fotografía de 1998.



míos y grúa, 3.706 por sacar cal de la calera, 140 reales por cortar la madera para confeccionar los andamios, 966 reales y medio a los canteros, obtenidos de mandas hechas por los vecinos, 408 maravedís gastados en el empedrado de la iglesia; a la vez, no se duda en vender una maroma de esparto vieja, el 10 de mayo de 1637, por la que se obtienen 2.924 maravedís y 17.544 maravedís más obtenidos por la venta de una custodia de plata con licencia del provisor del obispado, custodia que bien podría ser debida al punzón de algún Becerril cuyas obras se detectan en poblaciones próximas como Requena, Iniesta o Alarcón, por ejemplo, pero nada se sabe con exactitud. Los ingresos obtenidos por estas ventas fueron usados con seguridad en la continuación de las obras de la torre. Por estas fechas se detecta un registro contable en el que se anota un gasto de 13.998 maravedís por la escalera y la puerta de la torre; esto quiere decir que el acceso hasta entonces tenía lugar mediante los andamios y ya prontas a finalizar las obras se dotó a la torre de una escalera en tramos volados adosados a su hueco interior para un cómodo acceso.

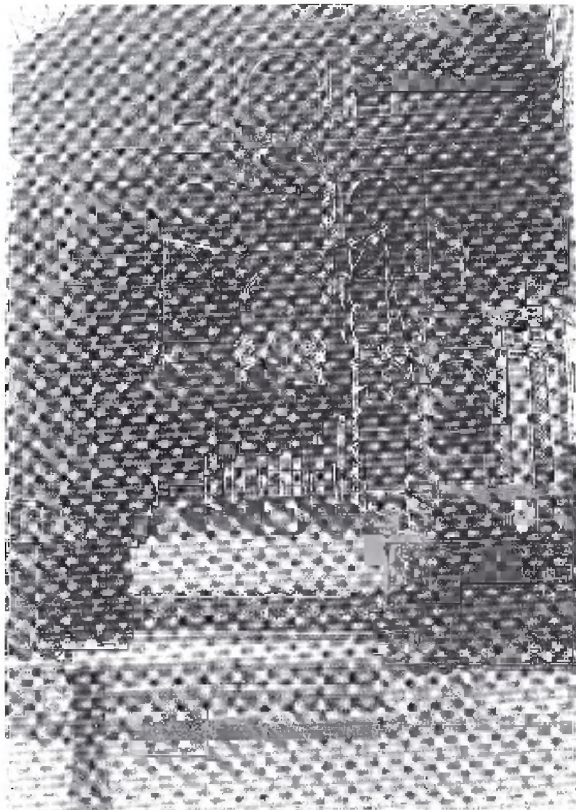
La conexión de la iglesia con la torre también se estaba llevando a cabo por entonces, había obras menores en el coro y se gastan 22.236 maravedís en la cubierta de la iglesia, maderas para rejas, peones y maestros canteros y demás. Se anota poco después un pago importante de 214.234 maravedís, 6.301 reales, a Juan de Andispe y Juan Dimas a cuyo cargo seguían teniendo las obras de la iglesia, especialmente de la torre. En 1639 todavía no se han finalizado las obras de la torre porque se pagan a Juan Dimas (esta vez no se cita al alimón a Juan de Andispe) 31.280 maravedís a cuenta de lo que se le debe por la construcción de la misma. En este momento tiene lugar una anotación contable donde se cita un pago de 39.588 maravedís a Martín de Abieta (folio 152 r), "*cesionario de los herederos de Antonio de Maças por cuenta de lo que se les debe de la torre de que dio cartas de pago*". Resulta curiosa esta anotación porque nos informa que Martín de Abieta, partícipe importante en la construcción de la iglesia,

en algún momento acaba o abandona las obras en la iglesia de Campillo y se reincorpora a la misma en las obras posteriores de la torre, a causa de las cuales, como incansable pleiteador, vuelve de nuevo a tener un litigio con la mayordomía, obligada a pagar derechos en la propia villa de Campillo y en la ciudad de Cuenca al provisor del obispado, quedando claro que, como cuando las obras de la iglesia, Martín de Abieta tenía razón en sus pretensiones y ganó el pleito. Por ello se le abonan 2500 reales, a cuenta de sus derechos sobre la torre, que empezó a hacer Juan de Maças; pero aun así, las relaciones con la iglesia de Campillo no parecían ásperas, ya que vende a la iglesia una viga de su propiedad en 22 reales. A Juan Dimas se le hace un pago de 630 reales para ir liquidando lo que se le adeudaba por sus trabajos en la obra de la torre. Se recurre de nuevo a los servicios del maestro Díaz de Gamboa como perito tasador, al que se pide que valore las obras de la torre efectuadas hasta ese momento, por cuyo informe se le entregan 3.840 maravedís.

La visita de 8 de febrero de 1643 nos hace saber que la torre todavía no estaba terminada pues se gastan 19.040 maravedís, es decir, 560 reales por "*... un suelo que se hizo en la torre para las campanas de cal madera y yeso y otro suelo en la camarilla y en retejar la yglesia...*" (L1°F, f 160, r).

4.1.2. *El retablo mayor*

Entre 1643 y 1646 debieron fallecer Juan Dimas y Juan de Andispe, porque se ordena cumplir las mandas testamentarias del primero por cuenta de las deudas que con él se tenían y que se pague la deuda con Juan de Andispe a su viuda Ana de Coronado, 35.547 maravedís. Y, por tanto, podemos presumir que la obra de la torre había finalizado. La iglesia, igualmente, debía estar acabada ya, pero por estas fechas se inician, como se verá, tareas que podemos llamar de decoración y arquitectura de interiores, construcción del retablo mayor y otros aditamentos. Así, en la visita girada por el pro-



7. Campillo de Altobuey. Iglesia de San Andrés. Retablo Mayor. Fotografía de 1920-25. Destruído en 1936.

visor del obispado el 8 de febrero de 1643, hallamos una referencia jugosa respecto a la remodelación interior de la cabecera del templo; por lo visto el retablo y altar, quizá en origen obra de Pedro de la Vaca y del entallador Miguel López, se habían instalado muy altos y debajo de él debía existir una capilla o semicripta donde se veneraban las reliquias de los mártires romanos del cementerio o catacumbas de San Calixto, muy importantes para la vida y mentalidad de la época ya que eran estos vestigios santos los que se sacaban en procesión, con la patrona, para impetrar lluvias en tiempo de sequía. Esta disposición en una capilla mayor poco profunda había dado lugar a una escalinata de acceso muy empinada para subir al altar a celebrar o tomar la comunión y propiciaba vistas consideradas un poco indecorosas, los tobillos, las enaguas o senoñiles de las damas. Por eso, el Sr. Provisor manda *“Que se baje el altar maior. Otrosí por quanto el altar maior de dicha iglessia está mui indecente con una capilla que ay que divide las gradas donde están ciertas reliquias de santos, la qual por estar levantada es caussa de que el dicho altar esté mui ahogado y que las personas que se sientan en la capilla maior no puedan oír missa, y ansimismo que el plano de arriba esté mui estrecho y las gradas mui derechas de forma que se suben y bajan con gran dificultad y con el peligro de grandes indecencias en la administración del ssmo. Sacramento de la Eucharistia y para evitar semejantes inconvenientes y atendiendo a que la dicha capilla no es de particular ninguno y aunque lo fuera se debía preferir la utilidad pública y decencia del culto divino, mandaba y mandó*

que dicha capilla se quite y derribe y el altar maior se baje lo necesario y se hagan tres o quatro gradas o las necessarias proporción al menos a la altura de la capilla para cuio efecto se traiga un Maestro que disponga la traça y se ponga en creación con la maior brevedad que se pueda. Y atento a que la iglesia no tiene de presente con que hacer este gasto, su merced aplicó cien ducados de los bienes que oy se restan por distribuir del capitán Miguel Salvador de quien son albaceas el cura desta villa y Juan Saiz vezino della, y ansimismo la manda de cien ducados que dexó a la Yglesia para su fábrica Ana Ovejero muger que fue de Sebastián Zomeño y veinte mil maravedis en que ha sido alcançado el maiordomo de la capilla de los mártires en la quenta que se le ha tomado, las quales aplicaciones su merced mandó se conviertan en hacer dicha obra y no en otra cosa alguna sin que puedan pretender derecho los acrehedores dela yglesia porque si lo intentaren sea nula dicha aplicación y se queden dichas cantidades por cuias son” (L1°F, f. 161, v).

Pedro Gavaldón fue el maestro encargado de llevar a cabo estas obras, pagándosele 30.906 maravedis, o sea 909 reales de vellón, según la equivalencia que se establece en los propios Libros de Fábrica.

La torre aún recibió alguna pequeña intervención en sus escaleras y suelos, pero el grueso del gasto se llevaba a cabo en la iglesia, en la actuación sobre la capilla del bautismo, 37.702 maravedis en los que se incluían las obras citadas de la torre.

La documentación referida a la visita realizada en 1649 nos va a proporcionar los nombres de los entalladores autores de la remodelación del retablo mayor; se trata de los hermanos Pedro y Alonso de Haro, vecinos de la población de San Clemente, a cuenta de cuyo trabajo reciben un primer pago de 57.800 maravedis. Según la visita siguiente de 1652, se les hace un segundo y último pago para liquidar su trabajo de realización del retablo; fueron 44.710 maravedis. A este coste hay que añadir 3.202 reales, es decir, 108.868 maravedis, entregados a Julio López Panadero, Lucas Martínez, Diego Salvador *“y demás oficiales todos de carpintería que han hecho y cubierto la mayor parte de dicha yglesia ...”* (L1°F, f. 184, r.). A Ana Coronado, la viuda del maestro cantero Juan de Andispc, se le abonan por deudas con su marido de la obra de la torre 97.410 maravedis, a los que hay que sumar los 101.643 que se le pagan y quedan anotados en las cuentas dadas en la visita del año 1655. Igualmente, a las herederas de Juan Dimas (ahora nombrado como Francisco Dimas) se les entregaba la cantidad de 215.900 maravedis; eran estas su mujer, Ana Rita, y su hija Mariana de Torres, representadas por el presbítero Bartolomé de Jaén, cuñado del maestro cantero y residente en Motilla del Palancar. Con estos pagos parece que puede darse por finiquitada la obra de la torre, aunque el grueso de las obras debió haberse finalizado unos años antes.

Un nuevo participante en la obra del retablo aparece citado en las cuentas de la visita del año 1655; se trata del pintor Bartolomé Saiz, quien lo pintó para dorarlo, es decir, lo preparó para este trabajo, le añadió unas piezas de considerable tamaño y lo trasladó a palacio (quizá se refiera al palacio episcopal en la capital, Cuenca); por ello se le dan 253 reales en un primer pago, otros 50 reales en un segundo plazo, más dos carretadas de carrasca. Parece que fue este mismo Barto-

lomé Sáiz el que lo doró, pues se anotan “nobecientos y cinquenta y cinco reales por tantos que tiene pagados a Bar.^{me} Saiz maestro de pintor a cuenta de dorar el retablo ...” (L1^oF, f. 195, v.).

Frente a lo que algunos creen y muchos párrocos llevan a cabo sacando la piedra en edificios similares a la parroquia de Campillo de Altobuey, hay que afirmar que su interior nunca estuvo en piedra viva, salvo en arcos y columnas, sino que estuvo enlucida con yeso y así lo demuestra el encargo hecho a Juan Álvarez, valenciano, al que se le pagan 2.873 reales por su trabajo, andamios y 453 fanegas de yeso empleadas en el enlucido, y no sólo enlucida, sino blanqueada después, como ocurre en 1780 al gastar 2.310 reales pagados a unos italianos por el enjalbegado de la iglesia y sacristía.

El aderezo del retablo mayor centra ahora la atención en las cuentas de la mayordomía de la iglesia y como se está dorando y se van a trasladar a él, a un lugar preeminente, las arquetas con las reliquias de los cuatro santos mártires romanos, se toman de los fondos de la Capellanía de los Mártires 60 ducados para contribuir al pago del mismo. Las cuentas de la visita del año 1658 (era obispo de Cuenca D. Francisco Pacheco) nos proporcionan noticia de su coste total, 10.500 reales, pactado con el pintor Bartolomé Sáiz, quien recibe a cuenta 7.741 reales; el dorado del sagrario se le encargó aparte, según consta en un pago que se le hace posteriormente de 76.500 maravedís; más 38.950 maravedís que se pagan a Juan de Moya, vecino de la villa, por el oro que trajo para su dorado, lo que hace en total los 10.500 reales estipulados. Por último, se encargó asentar el retablo a Julio López Panadero, entallador, y se le pagan por esto 2.236 maravedís.

4.1.3. Otras actuaciones en el interior de la iglesia

En la visita del año 1660 encontramos la primera referencia al chapitel de la torre, al remate con que se terminó: “... aderezo del chapitel y retexar la iglesia, 202 reales y 24 mrs. ...” (L1^oF, f. 220, r.). La sacristía de la iglesia empezaba a quedarse pequeña y estrecha para el numeroso clero local; dónde estuviera ubicada en esos momentos, nos es desconocido y no hay otros espacios a los que pudiera darse ese uso más que los ubicados a los pies de la iglesia, es decir, bajo el coro (si es que la puerta, cuyos restos medio cegados nos han llegado, no era puerta pública de entrada sino acceso exterior a la sacristía), el espacio sobrante en el tramo de la capilla bautismal, y la cámara de acceso a la torre, aunque me inclino a pensar que lo más probable es que estuviese donde está ahora mismo, abierta en el crucero derecho, y lo que se llevara a cabo fuese una ampliación de la misma, por la que se anota en las cuentas de la visita siguiente hecha en el año 1664 un gasto de 325.544 maravedís. Además, para apoyar este aserto, las cuentas de la visita del año 1667 refieren un gasto de 2.282 reales gastados en hacer “... el cancel que ay en la puerta pequeña de la iglesia” (L1^oF, f. 245, r.), de lo que se de-

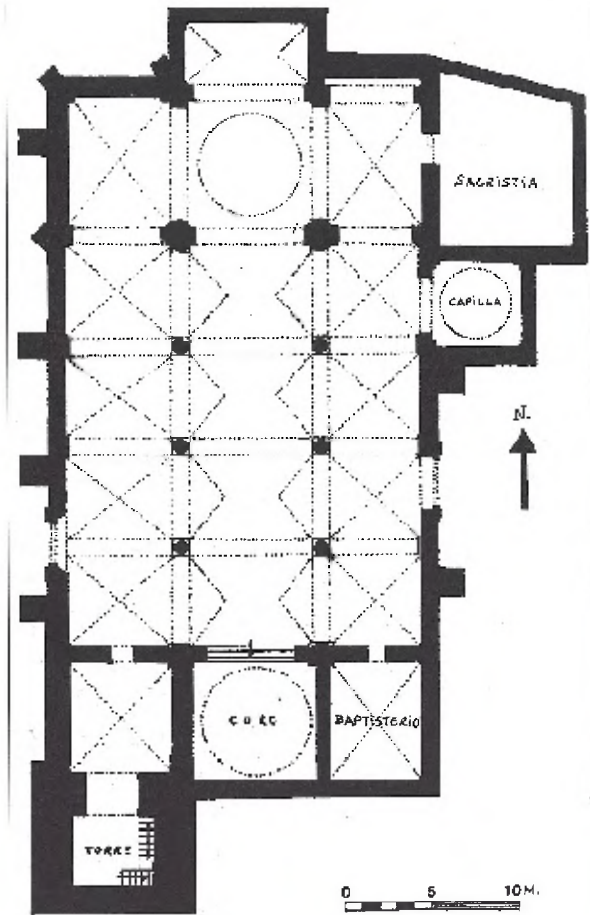
duce que sí era usado como acceso para la feligresía este espacio bajo el coro y que la parroquia de Campillo no tenía dos puertas de acceso, las laterales, sino una tercera más a los pies, lo que singulariza bastante este edificio columnario. Gracias a las noticias informativas que nos proporcionan las anotaciones de esta visita del año 1667, sabemos los altares, cofradías y ermitas existentes; así, nos habla del retablo mayor donde ya estaban ubicadas las cuatro urnas con las reliquias de los Santos Mártires, y de los altares de las naves laterales, el de Santiago (que tenía fundada por el capitán Juan Salinas una capellanía de cien misas al año) y el de N^o S^a de la Concepción, a quienes estaban dedicadas cada una de las naves laterales. Además se mencionan los altares de Santa Lucía, de N^o S^a del Rosario, de San José, de San Francisco, de San Bartolomé, de N^o S^a del Carmen y el de San Antón, este último en la capilla del Bautismo; las cofradías eran las de la Asunción, de la Sangre de Cristo, de San Roque, San Sebastián, San Andrés, Santa Ana, San José, de la Concepción (dedicada al cuidado de enfermos y enterramiento de muertos) y de San Bartolomé, algunas con sede en sus respectivas ermitas, entre las que se mencionan estas: N^o S^a de la Loma, San Quílez, San Sebastián, San Cristóbal, San Roque, Santa Ana, Santa Quiteria, Santísima Trinidad (o Padre Eterno) y San Miguel, de las cuales aún se conservan en perfecto estado dos de ellas (San Roque y S. Trinidad), quedan restos de otras dos (Santa Quiteria y Santa Ana) y memoria escrita del resto de ellas. Estas noticias nos hablan de las preferencias devocionales de los campillanos del momento; con la fundación posterior, en 1680, del convento de Agustinos Recoletos en la ermita de N^o S^a de la Loma, se van a incrementar el número de hermandades y cofradías allí asentadas; igualmente, en 1721, se funda un hospital con su iglesia dedicada al Santo Cristo de Burgos, devoción extendida por los agustinos, constituyendo todo este entramado un importante documento para el estudio de la historia de las mentalidades.²²

Por el año 1694, que es cuando tiene lugar la visita, se hace el cancel de la sacristía, habiendo costado 289 reales y allí sigue en nuestros días.

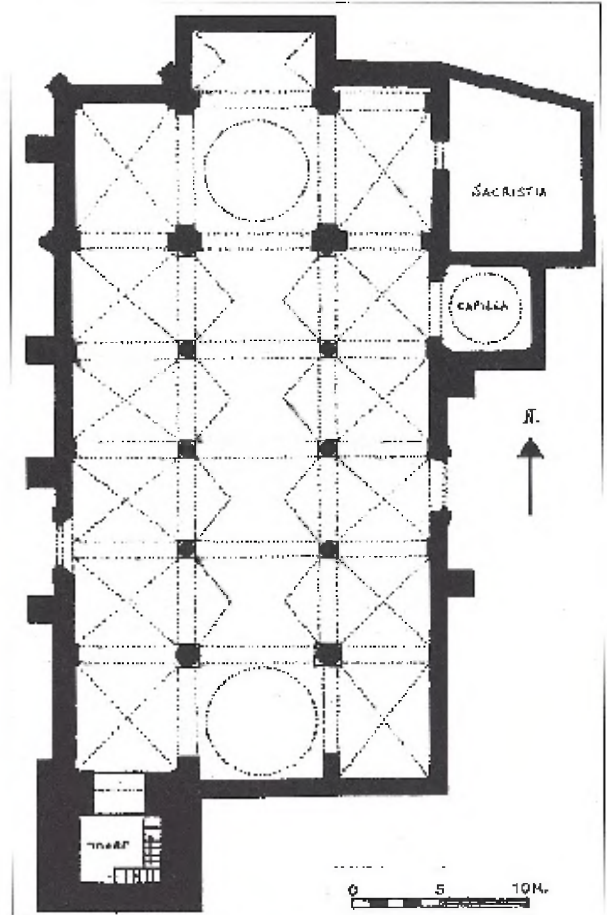
Ya hicimos mención en páginas anteriores de la existencia de dos beneficios, uno curado y otro simple, que se otorgaban por oposición y que producían unas rentas muy sustanciosas, de sciscientos ducados al año. Pues bien, ya a principios del siglo XVIII (se recoge la noticia en la visita del año 1714), siendo obispo de Cuenca D. Miguel del Olmo, ganó el beneficio curado D. Antonio Sevilla López, presbítero originario de la villa próxima de Sisante (el otro beneficio menor lo disfrutaba el hijo del Marqués de Quintana), quien gracias a ese beneficio que percibía va a impulsar una serie de obras importantísimas en la iglesia de Campillo y en otros edificios religiosos de la localidad.²³ Y es ahora cuando aparece, en la visita del año 1714, una anotación de capital importancia para entender de modo fidedigno la distribución espacial y ordenamiento interior de la iglesia columnaria campillana: “98 reales que han procedido de la madera del coro alto que

²² Montoya Beleña, S., “Presencia de lo sagrado en Campillo de Altobuey (Cuenca) a través del arte y la tradición (siglos XVI-XVIII)”, en *Actas del Simposium de Religiosidad Popular en España*. San Lorenzo de El Escorial, 1-4 septiembre de 1997, págs. 800-831.

²³ *Ibidem*, pág. 818.



Iglesia Parroquial de San Andrés Apóstol. Campillo de Altobuey (Cuenca). Antes de la modificación de los años setenta.



Iglesia Parroquial de San Andrés Apóstol. Campillo de Altobuey (Cuenca). Estado actual tras la intervención de los años setenta.

se deshizo, y la vendió este may.^{mo} con assistencias del cura, según constó por su memorial". Por lo tanto queda clara la existencia de un coro alto en origen, que explica el mayor grosor del último par de columnas de la iglesia, hecho que tanto sorprende a historiadores y visitantes poco avisados. Se ciega este año la puerta trasera, se encargan verjas y se gastan 445 reales en hacer una reja y una ventana en el coro, ubicada en el arco de la puerta que se inutiliza y donde sigue en la actualidad y se puede ver en la foto que ilustra este trabajo. Siete años después, en la visita de 1721, se señala un nuevo gasto de 564 reales y medio en esa misma obra. Por 1728 se construye la caja del órgano (1.764 reales y 24 maravedís) y se realiza todo lo demás, pagándose al maestro organero siete mil reales (Campillo es cuna de buenos constructores de órganos, de los que quizá el más afamado fuera Gaspar Zavallos, notable entre los mejores organeros del país).

4.2. Siglo XVIII. Segundo Libro de Fábrica (1718-1817)

4.2.1. Remodelación de la iglesia. Cúpula y bóvedas nuevas bajo los arcos

Es en la visita del año 1733 cuando se anota el proceso de reformas más importantes llevadas a cabo en el

aparejo de la fábrica de la iglesia. Se piden licencias al obispado de Cuenca y a su maestro mayor para iniciar las obras de las bóvedas nuevas con que tapan los arcos, abrir y construir la cúpula, etc., con un gasto de 264 reales y 20 maravedís, contando el proyecto con "librete y recibos", es decir, planos y memoria de la intervención que, quizá, se halle depositado entre los fondos del Archivo Diocesano. Todas estas intervenciones van a quedar recogidas en el Libro Segundo de Fábrica custodiado en el archivo parroquial de la localidad y a él pertenecerán las referencias que a partir de aquí se hagan. Así pues, se abre y construye una cúpula en forma de media naranja apoyada en pechinas con tambor circular al interior y octogonal al exterior. Para soportar su peso se refuerzan las dos primeras columnas con unos grandes pilares a ellas adosados, envolviéndolas y sólo dejando visible la mitad aproximada de su fuste; se refuerzan, igualmente, las esquinas de la capilla mayor a este efecto. El intradós de la cúpula se decoró con pinturas murales, los Santos Padres de la Iglesia en las pechinas, y los siete arcángeles presididos por la Virgen en el gallonado de la cúpula, cuyo centro ocupa la Trinidad, constituyendo un programa iconográfico bien extraño al haber sido declarado herético por la iglesia el culto a cuatro de los siete arcángeles considerados no canónicos; extraña que se le colara este gol al maestro de obras del obispado, quien las

tuvo que aprobar, y que se pinte este programa en época tan tardía; otra serie de medallones con apostolado, angelillos, etc., llenan el intradós cupular; su estado de conservación es bastante lamentable y eso que se empleó estaño en la construcción. Antonio Cruces se acercó a estas pinturas en la comunicación que presentó al Congreso *La literatura en las artes* organizado por Ephialte en 1990 (*Actas*, pp. 273-280) en Vitoria, aclarando su iconografía.

Se fabrican las bóvedas de las naves, de crucería en las laterales y con lunetos en la central, ocultando y dejando entre ellas y el tejado el bosque lignario de los artesonados de par y nudillo, así como su orla con decoraciones vegetales que recorre todo el perímetro de la iglesia. Se encargaron las obras a los maestros Juan Salvador, Juan Lorenzo y Joseph Moreno, ajustadas en 17.652 reales y medio.

En el folio 77 del Segundo Libro de Fábrica se inserta un auto del visitador, don Mateo Caro Muñoz, fechado el día 15 de marzo de 1733, conminando a los deudores de dineros que se habían de emplear en las obras a pagarlos en plazo breve de tiempo (hasta el día de San Andrés) bajo pena de excomunión mayor, deudas existentes desde el año 1725, fechas estas entre las cuales se tuvo que llevar a cabo esta remodelación. Las cuentas de la visita del año 1736 hacen ascender los gastos causados por estas obras a la cantidad de setenta mil reales, que sobrepasan en mucho las que vimos antes. Ha llamado la atención la existencia en Campillo de reliquias nada menos que de cuatro mártires romanos; parecen demasiados y demasiado importante para una localidad tan pequeña; en conversaciones privadas actuales se manifestaban reticencias al respecto, pero se incluye ahora un auto donde se habla de la existencia de "las auténticas" que garantizan su origen y calidad, las cuales se hallaban en propiedad de un clérigo de la villa al que por santa obediencia y amenaza de excomunión mayor se obliga a entregarlas al párroco D. Antonio Sevilla. Dicho auto dice así: "*En la villa de el Campillo de Alto-Buey a diez y siete días de el mes de Junio de mil setecientos y treinta y seis años, por qto. el Señor Visitador, estando de partida para la villa de Piqueras, se le notició, que los Instrumentos justificantes de la Verdad de las reliquias de los cuerpos de quatro santos, que están colocados en quatro nichos de el retablo de el Altar Mayor de esta Iglesia Parroch. de el Señor San Andrés, están en poder de un sacerdote de ella, de que es sabidor D. Antonio Sevilla, cura de dicha Parrochial; mandó, que este cuide de hacer, se lo notifique prontamente al referido Presbytero, u a otra qualquier persona, en cuyo poder se hallassen, por medio de qualquier Notario, coronado, o sacristán, pena de diez Ducados, los entregue en virtud de Santa obediencia y pena de excomunión Mayor. Y no lo cumpliendo, los publicara por excomulgados al tiempo de el Ofertorio de las Missas Mayores, sin cessar de lo hacer así, hasta ver otro en contrario. Y por este su Auto, que sirva de mandamiento en forma; así lo proveyó y firmó. Doy fe. Dr. Bravo (rubricado). Ante mí, Ido. Fran.º de la Cam.º (rubricado)*" (L2ºF, f. 88, r.).

Sobre el tejado de la sacristía se construyó por el año 1740 un pequeño campanario pétreo o espadaña de un arco para alojar un cimbalillo traído de Valencia, que aún existen; asimismo, se gastan 164 reales en labrar una pila para el agua bendita, que es la que confronta

CUENTAS DE LAS OBRAS DE LA CÚPULA.

(L 2º F, f. 73 y ss)

CARGO O RECIBO.

Mayordomos del Corpus	17.514 reales.
D. Antonio Sevilla, párroco de Campillo y poseedor de un Beneficio curado ..	4.654 reales.
Del beneficiado anterior y del actual del Beneficio simple	1.100 reales.
Limosnas de particulares	136 reales.
Otros sacerdotes de la villa	208 reales.
Licencias y penas a cargo de la Justicia	1.442 reales.
Una penitencia matrimonial	60 reales.
Más un toro que regaló la Compañía	
Total Cargo	25.114 reales.

DATA O GASTO.

Compra de 3.434 fanegas de yeso en piedra	2.851 reales.
Yeso para blanquear	62 reales.
Compra de 49.726 rajolas, 1.900 tejas y 250 ladrillos	2.500 reales.
Madera para andamios y cubierta de la media naranja	923 reales.
Hacer una calera, comprar más cal y amasarla	300 reales.
Remate de pirámide y cruz	418 reales.
Vidrieras para las ventanas de la media naranja e iglesia	170 reales.
Barandilla del anillo	115 reales.
Barandillas de yerro para el presbiterio	174 reales.
Clavazón y obras de fragua	115 reales.
Pinturas de la media naranja y pechinas	1.655 reales.
Aparco para la pintura	30 reales.
Pinturas del Coro	270 reales.
Pintar los pilares	81 reales.
Presbiterio y gasto de abrir la calle	2.079 reales.
Cribas, arneros, ceclazos, lienzo para blanquear y sogas	176 reales.
Pagos a los maestros	17.652 reales.
Ladrillos encargados a los tejeros	174 reales.
Derechos de Visita y hacer estas cuentas que da D. Francisco Sánchez Villanueva	30 reales.
Total Gasto	29.775 reales.

Cuadro de ingresos y gastos efectuados para elevar la cúpula de la iglesia. S. XVIII.

con la puerta del bautismo. Se siguen haciendo obras de mantenimiento constantemente en la iglesia, más o menos grandes, se enladrilla con frecuencia a causa de los enterramientos, se van cambiando las vidrieras rotas, haciendo mención especial de las ventanas de la cúpula, hoy cegadas la mayoría por seguridad, pues fue una obra que desde el origen no se hizo con la perfección necesaria, llegando a comprar "... ocho docenas de vidrieras de yeso que truxeron de Belmonte", debiéndose referir a placas de yeso o piedras de luz alabastrinas tradicionalmente usadas como cristales en numerosos templos.

Las obras de rebaje del retablo mayor, con la consiguiente eliminación de la capilla donde se ubicaban las reliquias de los Santos Mártires y el traslado de los mismos a la predela del altar, parece que no se concluyeron con detalle, situación que afeaba el conjunto. Por esto, la visita del año 1746 anotaba una orden del Provisor para que se solucionaran estos extremos: "*Otrosí en atención a que en la visita antezedente se dio alguna providencia para que se hiziese un pedestal al Retablo del altar maior de dicha Paroquial y que no sea executado mando su Merz.º lucro incontinenti seaga que un Maestro Tallista reconozca dicho Retablo y haga una planta de toda la obra que necesita así para el Pedestal como para polseras y otras añadiduras que convengan para llenar el testero y se ebiten las imperfecciones que aparezcan por no llenar todo el sitio y que*

puesto el aprecio se fixen zédulas para rematar la obra en el mexor postor a beneficio de la Yglesia y con la seguridad nezesaria prozediendo en todo con la Ynterención y acuerdo del cura desta Parroquial, y si pareziese más conveniente podrá azerse a jornal dicha obra" (L2°F, f. 141, r.). La visita del año 1753 recoge un gasto de 17 reales y diez maravedís para sacar la licencia del Provisor "para hazer las obras de añadir el retablo, dorarlo, pintar el presviterio, cortar el órgano y verjas de coro".

La obra de coronación del retablo y terminación del mismo se encargó, mediante subasta a la baja, a Joseph Evangelio, maestro tallista vecino de Campillo de Altobuey, al que se hace un primer pago de 2.113 reales de los que 2.000 correspondían al remate final del retablo y lo restante a otros trabajos que adelantó a la iglesia el tallista en el cerramiento del retablo; en la visita del año 1756 aún se registran dos pagos de 480 y 1.520 reales que seguro habían quedado pendientes de satisfacerse.

El desmontaje del coro alto supuso también la eliminación del órgano antiguo, tribunas y lo que allí hubiese amueblando el espacio. La construcción de un nuevo coro bajo necesitó del mismo modo la construcción (o reparo) del órgano, tribunas para cantores y ministriles, sillería para el clero de la villa y pinturas en el casquete cupular realizado sobre el coro (tapadas con la mano de pintura que se dio a toda la iglesia en los años setenta y que convendría volver a recuperar, si es que sólo se taparon y no se rascaron; eran cuatro grandes y vaporosas figuras del mismo estilo que las del intradós de la cúpula cuya temática se desconoce). La intervención en el órgano se encomendó al maestro Juan Ruiz, de la villa de Barchín del Hoyo, población cercana; quedó recogido el encargo de esta manera: "*Obra y gastos de hazer la tribuna del organo, componerlo, con su varandado, puertas arriba, componer el corralillo, peonadas de maestros, madera, etc. Más Data dos mil dossenientos treinta y ocho reales y tres mar.^s de hazer la tribuna para subir el organo, madera y hazer quatro sillas para el coro, quartones para reboltonear, pies derechos, puertas, varandado, atril, vanco para el organista y quartones para hazer las tarimas de el coro, peonadas de yeso y cal y arena, tablas para las sacras y las tabletas para el lababor, etc. Atriles para dezir misa, componer una campana, ponerle pilares nuevos, todo lo q. consta delas Partidas que el Mayordomo tiene sentadas en su libro. Más data un mil quinientos y setenta y cinco reales de templar el órgano, componer el secreto y las fuelles, añadirle caños, y una trompeta real que es la mayor, echarle con duetos, echarle muelles y lengüetas, componer el eco de la corneta y echarle argollas y ponerles piedras nuevas a los fuelles que todo suma dicha cantidad como consta de el recibo de Juan Ruiz Maestro de organos de la villa de Barchín*" (L2°F, f. 151, r. y v.).

Compran abanicos para los altares en tiempo de moscas y se hacen paredes de estribo a estribo.

Para la finalización decorativa del órgano se trajo de la villa del Castillo de Garcimuñoz al maestro dorador Pedro Regalado Rodrigo;²¹ se había de encargar de la pintura, dorado y corladura del órgano, dorar el altar

mayor (se refiere a aquellos añadidos finales) y la pintura del presbiterio, por todo lo cual se le pagan 9.408 reales y veintisiete maravedís a cuenta de una cantidad mayor en que se había ajustado todo.

Las arcas de la iglesia escaseaban en fondos y por esta razón el mayordomo tuvo que comprar la leña que gastó el dorador en cocer la cola necesaria para preparar el dorado, además de proporcionarle al artesano la vivienda adecuada para habitar todo el tiempo que necesitaran sus trabajos, cuyo coste final ascendió a 11.000 reales. Se había pactado con Pedro Regalado la peritación de sus trabajos por persona ajena a los mismos y que fuese de acreditada solvencia, según quedaba recogido en la cláusula nº 14 y penúltima de las pactadas en el contrato entre el dorador y la mayordomía, "... en que consta se ha de hazer rebista de dicha obra por Maestro Ynteligente (cuio coste hade pagar la fábrica, la que es contra Derecho), mandó su Merzed que el actual Mayordomo dentro de el termino de un mes despues de el dia en que se le haga saber esta providencia traiga a costa de esta fábrica Maestro de Ciencia y Conziencia de la ciudad de Cuenca o de otra parte, para que viendo dicha obra de su parecer y en conformidad de el se pagara o no al dicho Pedro Regalado lo que se le esta deviendo hasta los dichos onze mil rs. si los hubiese la fabrica y no le hiciese falta para sus hordinarios gastos (...) pero se entienda que dicho Pedro Regalado ha de pagar la mitad de gastos que se hexecuten en dicha rebista por ser contra Derecho (...) y mientras no se haga la prevenida dilixencia de rebista no le entregara dicho mayordomo al dicho Maestro cantidad alguna ni tampoco las escrituras de fianza ...".

La visita del año 1756, nos aporta noticias sobre Gaspar Zavallos, maestro organero natural de Campillo de Altobuey, que alcanzó gran renombre nacional en su profesión, actuando sobre el órgano de su pueblo natal, que fue destruido en la guerra civil, al que ya nos referimos páginas atrás: "*Mas es Datta quatrocientos y cinquenta rs. Que ha pagado a Gaspar Zavallos vezino de esta villa y Maestro Organero por el trabajo de desmontar todo el organo, limpiar los secretos y todos los caños, componer una fuelle, poner con Duetos y demás nezesario para poner corriente dicho organo*" (L2°F, f. 210, r). En 1773 se le aumenta el óboe; en 1788 repasa el órgano el maestro organero Joseph Albert y en 1841 se pagan 300 reales por una compostura al maestro organero Juan María Ruiz. En 1762 se pagan 45 reales a Bartolomé Saluquillo, maestro dorador, por dorar el sagrario de N^a S^a del Carmen y 31 reales al maestro platero Bartolomé Martínez por hacer pequeñas reparaciones en objetos litúrgicos, de los que conviene dejar reseñados sus nombres.

Entre 1765 y 1766 se lleva a cabo una intervención en el chapitel de la torre ("*... de hazer el capitel de la torre*"), que yo creo ya hecho entonces y los 220 reales que se emplean ahora debieron corresponder a obras de mantenimiento. Lo curioso respecto al chapitel es el latón que se emplea en su ornamentación, "... 144 rrs. que ha tenido de costa el latón plateado y dorado con las tachuelas correspondientes para el capitel"; chapas de latón dorado y plateado recubriendo sus caras y

²¹ *Ibidem*, pág. 821. Se detecta la presencia de este dorador trabajando en 1753 en la reparación del altar de la ermita de San Miguel.

proporcionándole un aspecto sorprendente a la vez que destacaría su prestancia y su existencia en la lejanía; la incidencia de los rayos del sol dibujaría en el cielo como un triángulo de eco trinitario que contribuiría a remarcar la presencia de la Divinidad, y, cuando el cardenillo verdoso llenara sus caras, igualmente crearía un efecto sorprendente marcando el hito del edificio sagrado. En un apunte contable de los efectuados en la visita de 1768 se habla del "pretil", "*Más es Datta seis rs. con que ha pagado a los Maestros de la fábrica por componer las cruces de el Pretel y echarles volillos a los remates*", lo que me hace suponer que la torre debía estar rematada con un pequeño antepecho, abalustrado o no, en cuyos corneros se dispondrían sendas cruces rematadas en bola, de igual modo que en la cúpide del chapitel se dispondría una terminación con una gran bola coronada por cruz férrea y veleta o giraldillo; la iglesia hermana de El Salvador de La Roda, parece tener un pretil relacionable con lo que se viene comentando, o las de Yecla y Jumilla; sin embargo, la de Tarazona presenta unas aberturas de buhardas en las caras del chapitel que recuerdan el que se eliminó en Campillo por los años setenta, del que nadie sabe exactamente cuándo se hizo tal y cómo llegó a esa fecha, aunque también podría haber sido así en origen, o muy parecido, y haber soportado solamente una ligera modificación que le dio el aspecto conocido. Las cuentas del año 1780 no dejan lugar a dudas sobre el aspecto que pudo tener el chapitel, porque de nuevo se compran ocho pliegos de latón y tachuelas "*... para forrar el capitel de la torre*". Los mayordomos de la iglesia y el clero local no dejan de hacer obras de mantenimiento en la fábrica, así como tampoco se olvidan de su ornato interior; cuidan y reparan la orfebrería, las imágenes, encargan un nuevo frontal de talla para el altar mayor y un monumento nuevo "*de perspectiva*", reparan los ornamentos sagrados, todo ello con los ingresos obteni-

dos por réditos de censos, mandas testamentarias, terzuelos, alquiler de propiedades, limosnas de particulares y del propio clero, y estipendios por celebraciones y actos litúrgicos.

4.3. Siglo XIX. Tercer Libro de Fábrica (1814-1852)

No se reseña en sus páginas ninguna intervención arquitectónica destacable en la fábrica de la iglesia, citando únicamente pequeñas obras de mantenimiento. Si se vuelven a citar los dos beneficios, curado y simple, que producían 600 ducados de renta anuales y que se obtenían por oposición, así como otras noticias de interés para la historia local. En 1815 se emplean 200 reales en custodiar y conducir los escombros de la ermita de San Sebastián; por 1820 se obtienen 200 por la venta de parte de la piedra de la ermita de San Cristóbal, y en 1841 se efectúa un pago de 18 reales por conducir escombros de la ermita de Santa Ana, que se hizo cementerio, y así funcionó durante 50 años, pagándose 2.000 reales por hacerlo. La iglesia tuvo que entregar 54 almudes de trigo, 16 de cebada y 52 de avena para alimento de las tropas, según había ordenado la Justicia y la Comisión Popular; del mismo modo, se registran entregas de cereal al Empecinado y al coronel del Regimiento de Alcázar de San Juan que anduvieron por aquellos pagos.

Ya se comentó que era desconocido el momento en que se levanta o modifica el chapitel que coronaba la torre y que fue derribado por los años setenta de nuestro siglo, fechas en que se interviene profundamente en la fábrica, proporcionándole el aspecto con el que ha llegado a la actualidad esta hermosa iglesia de salón columnario digna de mejor suerte y de mayor atención por parte de los responsables del patrimonio histórico-artístico.